

LA EXTENSION CULTURAL

CONFERENCIAS DEL INSTITUTO

Tema: *La Poesía lírica*

Conferenciante: *Don Natalio de Anta y de Asís, Catedrático de Lengua francesa*

Con la solemnidad de costumbre y una concurrencia extraordinaria, se celebró en la tarde del sábado la segunda de las conferencias de extensión cultural organizadas por el Instituto de nuestro Instituto. El culto catódrico y disertante elocuente, don Natalio de Anta, desarrolló el tema con una galanura de frase y dominio del asunto, que el auditorio asió de la conferencia entusiasmado de la inolvidable hora que estuvo escuchando el magistral discurso sobre la Poesía lírica. A los estruendosos aplausos con que eran recibidos los brillantes párrafos y a la prolongada ovación con que fueron acogidas las palabras finales, contribuyeron de buen grado, y unimos la nuestra a las calurosas felicitaciones que llevaron sobre el señor Anta y de Asís. No cabe mayor éxito en el desenvolvimiento de la excelente idea llevada a la práctica por nuestro Instituto, la que la culta Cartagena esgrime, y a sus organizadoras aplaude por esta nueva prueba de amor a la Ciudad que hoy se muestra agradecida. No es posible dar una noticia exacta de la hermosa conferencia; pero por los párrafos que de ella insertamos a continuación, podrá el lector juzgar el trabajo del distinguido Catedrático.

Luego de un minucioso análisis de las definiciones acerca de la *Poesía*, de *lo bello* y de la *Poesía lírica*, don Natalio de Anta, dijo: «Para no molestarnos más con definiciones, yo diría sencillamente que la Poesía lírica es el sentimiento de lo bello que experimenta el alma pulsada en las cuerdas más finas de su sensibilidad. No siendo que sea una definición exacta, pero creo que expresa suficiente-mente la idea, y si algo tuviera que añadir, me permitiría indicar que la poesía lírica, la poesía dramática y la poesía épica deben ser consideradas como tres ramas del mismo árbol que se entrelazan de manera que es difícil que en un poema, por pequeño que sea, no se encuentren los tres géneros de poesía reunidos; se denominan los poemas, líricos, dramáticos, o épicos según que predomine el uno o el otro de estos tres géneros de poesía. El género lírico por ser el más subjetivo, el más personal, acompaña siempre al poeta en todos sus cantos, sin que le sea posible en modo alguno prescindir de él. Pues bien; de este género de poesía, tan natural al hombre, de la poesía lírica, vamos a ocuparnos unos momentos.

En primer término, he de decirles que la poesía lírica nace con la humanidad misma. Está probado que el hombre es por naturaleza sociable; que los sentimientos naturales del hombre no son el odio y el aborrecimiento a sus semejantes, sino el amor; el famoso «*homo homini lupus*» está mandado retirar hace tiempo. Y en efecto; prescindiendo de la Revelación y de la Historia misma, es evidente que al nacimiento de un niño precede la sociedad del padre con la madre y sigue la de la madre con el hijo. Sin lo primero, el niño no nace; sin lo segundo, el niño muere, pero inmediatamente después de haber nacido. ¿Cómo estando esto tan claro, Rousseau, Hobbes y otros han sostenido el estado salvaje natural en el hombre? Por razones de amor propio, de utilidad material, pero no por convicción. De Hobbes se sabe perfectamente que estando en Peria con un su amigo llegado de Inglaterra al preguntarle su obra «*Leviathan*» le dijo:

«Te prevengo que no te va a gustar», y al preguntarle su amigo, después de leído el libro, cómo había escrito teorías tan peregrinas, contestó sonriéndose: «*La verdad es que tengo grandes deseos de volver a Inglaterra*». Esa es la explicación. Hobbes había sido desterrado de Inglaterra y con ese libro quería congratularse con Comwrell el tirano. Pero en fin dejemos eso; lo cierto es que el hombre es por naturaleza sociable, que sus condiciones externas podran variar, pero que su esencia permanece inmutable; por consiguiente, mientras el hombre sea hombre,

estará dotado de una inteligencia que perciba las maravillas de la creación, mientras posea un corazón capaz de sentir y amar, mientras tenga una voluntad que goce y ría con un sentimiento que la enajene y sufra y llora, con un sentimiento que la contraste, existirá la poesía lírica. Y que así ha sido nos lo demuestra la historia literaria de la humanidad, aún en los tiempos más remotos. En el idilio que nos presenta el Génesis, al principio de los tiempos encontramos manifestaciones de esa índole. Yo me permito, señores, imaginar al primer hombre en su primer día de paraíso; y yo me imagino señores a Adán al recibir de su Criador el soplo de vida irguiéndose majestuosamente en una mañana iluminada por un sol de primavera. Adán contemplaba atónito las maravillas que le rodeaban. Hermosísimo estaba todo, más avanzaba la tarde; el sol declinaba; la luz disminuía; los matices de las cosas palidecían. Y se hundió el astro en el horizonte y los colores desaparecieron y la naturaleza perdió su esplendor. Un lamento cortinaje negro tachonado de puntos brillantes se había corrido por todo el espacio. La noche era hermosa, pero al fin era noche. Y duraba, duraba; hasta que alia por el lado opuesto al sitio por donde se había hundido el sol, empezó casi sin sentirlo a correrse otra vez por el cielo una luz muy parecida a la del día anterior. Era el alba, suavísima, fresca... No era su brillo el esplendor del sol; pero se le parecía mucho; la naturaleza cobraba el mismo colorido y detrás del alba aparecía el mismo sol. ¿Creéis vosotros, señores, que al contemplar Adán por vez primera este espectáculo grandioso no se entonaría en su interior un himno majestuoso de admiración? ¿Creéis vosotros, señores, que al sentir sobre sí la primera mirada de Eva impregnada de curiosidad y de cariño, al entrever su primera sonrisa, al escuchar su primera palabra, Adán no sentiría brotar de su corazón un canto de gratitud y, unido a Eva en amoroso concierto, no entonarían juntos un sublime *Te Deum* por tanta felicidad? Y más tarde, señores, cuando todavía esa felicidad hubo acabado, cuando las sonrisas se trocaban en lágrimas y las flores en espinas, creéis vosotros, señores, que Adán y Eva no desahogarían sus almas llorando su culpa y haciendo resonar los valles al eco de sus frases sentidas de penitencia? Ah, señores; yo me imagino a Eva al encontrarse con el cadáver de su hijo el inocente Abel. Lo llamaría por su nombre, lo estrecharía entre sus brazos; le besaría en los labios, como queriendo infundirle con su aliento el hálito de vida que le faltaba, y al ver que aquel cuerpo estaba rígido, que aquellos ojos ya no la miraban, que aquellos labios no contestaban a su llamamiento, exclamaría: «Dios

¿qué es esto? La muerte, ¡Ah! ¡La Muerte! Y al contemplar a Adán y Eva llorando la muerte de su hijo Abel, concibo la primera elegía, una de las elegías más conmovedoras que hayan brotado del corazón humano. Pero, apartemos la vista de los tiempos prehistóricos.

Examina el conferenciante los cuatro himnos védicos que constituye la literatura sagrada y más antigua de al India; los vestigios líricos de Egipto y Persia, y pasa a tratar de los modelos acabados de lirismo que ofrece la literatura hebrea en su gran libro la Biblia, que empieza con el Génesis que es un idilio y termina con el Apocalipsis que es un himno fúnebre. Entre esta alegoría y aquella historia—dice el señor Anta,—aparecen cantados los sentimientos que pueden brotar del corazón humano, con su variedad de matices casi infinita, predominando siempre las dos notas en las cuales vienen a resumirse todas las demás; la nota alegre y la nota triste, imagen fiel de la vida del hombre en la tierra, que no es otra cosa que una mezcla de alegrías y tristezas. Si múltiples son los sentimientos del corazón humano; pero todos ellos vienen a condensarse en dos: Uno que produce dilatación en el corazón y asoma al exterior por medio de la sonrisa en los labios, y otro que hace que el corazón se contraiga y se manifieste al exterior con las lágrimas en los ojos. Pues, bien; estos dos sentimientos tan opuestos, están cantados en la Biblia en todos los tonos, con un sin número de variaciones intermedias verdaderamente acrobáticas. El Cántico de Moisés con ocasión del paso del Mar Rojo y el Cántico de Deborah, son modelos elocuentes de poesía lírica. Así como estos cánticos celebran la victoria con imágenes grandilocuentes, con figuras vivísimas, otro cántico, el Cantar de los Cantares, esto es, el más bello de los cánticos, atribuido a Salomón, es un modelo de poesía erótica en que resuenan arpegios más tiernos, notas suaves cantando el amor. Se podrían examinar otros muchos libros de la Biblia en los cuales encontraríamos modelos de poesía lírica rayando en la sublimidad, como en algunos pasajes de Isaías; pero, en la imposibilidad de hacerlo, me limitaré a recordar dos solamente, a caso los dos modelos más acabados del género: los Salmos de David y los Trenos de Jeremías. Con acierto insuperable el señor de Anta y de Asís detalla estos modelos, y al recordar los sentimientos expresados por Jeremías con motivo de la cautividad del pueblo hebreo en Babilonia, dice el Catedrático: ¿Quién de nosotros no ha experimentado un sentimiento análogo al encontrarse lejos de su patria chica y mucho más al encontrarse lejos de su patria grande? De mí sé decir que, habiéndome tocado por desgracia o por fortuna, vivir largos años separado de la una y de la otra, he sentido muchas veces la nostalgia de mi tierra. ¡Cuántas veces lo recuerdo! Desde la campiña de Italia al ver desaparecer el sol en la llanura, fijos los ojos en el horizonte, salían de mi boca estas palabras: *Allí va* ¡Cuántas veces lo recuerdo! encontrándome silente los mares en tierras de América, al ver asomar el sol en el oriente, fijos los ojos en el horizonte, exclamé: *De allí viene*.

Después de la literatura hebrea viene la literatura griega. El pueblo griego que ha sobresalido en todos los géneros literarios, ese pueblo portentoso a quien debemos inmensos beneficios en el orden intelectual; el pueblo griego que ha tenido un Homero en la epopeya, un Herodoto y un Jenofonte en la historia, un Sófocles, un Esquilo y un Eurípides en la tragedia, un Aristófanes en la come-

CASA PAMPLÒ de Valencia

Confecciones para Señoras, Niñas y Caballeros. —Salidas de teatro. —Mantillas de Pluma, gran fantasía y echarpón de seda, gasa y cine. —Lencería, Pañerías, Sedería y Etamines; gran novedad. —A fombas, Tapicería, Cortinajes de Yute, terciopelo y tul. —Mantelerías y equipos de novia. —Especialidad en géneros blancos

NOTA.—Para evitar que suceda lo de la temporada de Invierno, esta casa participa a su clientela que el modisto de la casa Sr. Monfort, vendrá a probar los vestidos de señoras; y el sastre Sr. Isibí, a la prueba de trajes para caballero.

dia, un Demóstenes en la oratoria, un Aristóteles en la poesía, no podía menos de tener grandes representantes en la lírica; y, en efecto, desde los tiempos más remotos, que se pierden en los límites de la Mitología, nos encontramos con una serie casi interminable de poetas líricos. Todos hemos oído los nombres de Alceo, Tirteo, Simónides, la poetisa Safo, y, dominando a todos estos, los de los grandes líricos Píndaro y Anacreonte. Pero, que ha dado origen a la oda, el nombre, la oda pindárica, canta a los atletas vencedores en los juegos olímpicos; pero las victorias de los juegos no son sino el pretexto de que se vale para cantar las glorias nacionales, para celebrar a los héroes que en el curso de la Historia se inmortalizaron dando la vida por la patria, para entonar himnos cantando las costumbres nacionales en todo su esplendor. Anacreonte, que también ha formado escuela dando origen a la oda anacreóntica, tiene un lirismo completamente distinto. Los valles risueños de Grecia, esmaltados de flores y surcados por arroyuelos bajo un cielo azul turquí, el cielo esplendoroso de los países orientales, hace que Anacreonte cante el amor, los placeres, los banquetes, el dulce néctar que alegra el corazón del hombre. Su poesía es pues, graciosa, juguetona, como el murmullo de la fuente, como el corderito que trisca, como el niño que juguetea.

Además de estos líricos, propiamente dichos, se encuentran frecuentes pasajes de elevado lirismo en los trágicos anteriormente citados; el mismo Homero en su *Ilíada* y en su *Odissea* conmueve a veces las fibras más hondas del sentimiento; pero donde el lirismo raya en la sublimidad es en los diálogos de aquel genio, de aquel hombre portentoso que se llamó Platón. Nada más hermoso que la apología que hace Platón de su maestro, de Sócrates. Platón, cual aguililla poderosa arrebatada al lector a los espacios, lo lleva donde quiere por el mundo ideal, y cuando al final de la lectura el lector vuelve en sí, se encuentra hondamente conmovido y nota que sus ojos están bañados por el llanto. La literatura romana está colocada sobre la griega y es una imitación muchas veces servil, de la misma. La *Eneida* de Virgilio no es otra cosa que un reflejo de la *Ilíada* de Homero; sus *Eglogas* nos recuerdan algunos pasajes de la *Odissea*, y en ocasiones tienen un sabor anacreóntico. Horacio toma por modelos a casi todos los líricos griegos. Acaso el poeta latino del siglo de oro más original, sea Ovidio. Ovidio, sí; en sus *Metamorfosis*, Ovidio sí; en sus *Eglogas*; Ovidio tuvo también que hacer sonar la nota lúgubre, la nota triste.

Contentados los bárbaros momentáneamente por la espada vencedora del gran Teodosio, a la muerte de este emperador y caudillo hacen la irrupción por las fronteras del imperio y lo arrojan todo a su paso y mezoándose con la raza latina y tomando las costumbres de los vencidos, dan origen a nuevas nacionalidades y a nuevas lenguas; a las lenguas neolatinas. Sin negar que las literaturas esjonas y selavas hayan tenido eminentes representantes en la lírica, creo podemos afirmar que

donde la lírica ha brillado con más esplendor ha sido en las lenguas neolatinas.

Italia, pueblo de artistas donde tantos genios han impreso sus concepciones o en el lienzo, para que llegaran a nuestra alma por medio de la vista, o en armonías musicales para que nuestra alma las percibiera por medio del oído. Italia tenía forzosamente que contar entre sus hijos a los grandes ilustres del sentimiento humano; los insignes que pulsaran las cuerdas más sensibles del alma. Todos conocéis al Dante, todos hemos admirado las bellezas del gran lírico Petrarca, todos, en fin, nos hemos deleitado leyendo las páginas floridas de «*La Jerusalén libertada*» del gran Torcuato Tasso. Y en los tiempos modernos, ¿quién no conoce a Carducci? ¿Quién no conoce a Manzoni? Manzoni, que en sus himnos patrióticos y religiosos canta las grandezas de la futura Italia, y en su oda al *cinco de Mayo*, fecha de la muerte de Napoleón en Santa Elena, se eleva a la mayor altura lírica. Y ya en nuestros días, entre los cultivadores del género lírico hemos de recordar a D'Annunzio.

Y Francia nos muestra en los libros de su historia literaria a los trovadores recorriendo las provincias de castillo en castillo para entonar canciones a los combates, al amor, celebrando a veces las alabanzas de Dios o las de la naturaleza. Y un poco más tarde, encontramos las baladas de Villón, ese granuja que fué casi un gran poeta. Y después vienen Clément Marot, Ronsard y en el siglo XVII, los prosistas mismos, nos ofrecen abundantes modelos de lirismo. Para convencerse, basta leer los Pensamientos de Pascal, los Sermones y Ocasiones fúnebres de Bossuet, los escritos de Fénelón. Y en cuanto a los poetas dramáticos, ¿quién no ha leído a Corneille, a Racine y André Chénier? Todos reconocen como grandes líricos a Lamartine, Víctor Hugo y Musset. Lamartine que empieza con la sublime elegía «*Le lac*» y que después en sus «*Meditaciones*» del primer vuelo se remonta a una altura desconocida en su tiempo. Después del cine, el aguililla; después de Lamartine, Víctor Hugo, este niño sublime que tiene mucho de español, fué la maravilla de su siglo. No niego que a veces resulte su estilo un poco retumbante; pero al lado de esos defectillos tiene preciosidades. Cuando habla de la madre, por ejemplo, se pregunta: ¿Qué es la madre? La madre, contesta, es un ángel que nos enseña a hablar, que nos enseña a leer, que nos enseña a amar; que callenta vuestros dedos en sus manos cuando tenéis frío, que os da su leche cuando sois pequeños, su pan cuando sois grandes, su vida siempre; a quién dais; *Madre* y quien os dais; *Hijo*, de una manera tan dulce, que estas dos palabras regozijan a Dios. Al lado de Lamartine y Víctor Hugo colocáremos a Musset. Si me fuera permitido entablar un paralelo entre estos tres grandes poetas, diría sencillamente que Lamartine tiene el lirismo de la parte etérea del alma; Víctor Hugo el de la imaginación y Musset el del corazón. Lamartine, es el órgano de pujante teclado cuyas acordes toman un tinte religioso; Víctor Hugo, la orquesta de mil voces

